

LA NUEVA PRENSA

Como lo prometimos en días pasados, principiamos á reproducir la Memoria de Hacienda. Es un documento importantísimo que todos deben leer á fin de formarse idea oficial de nuestra situación económica. Nos hemos permitido subrayar los párrafos que á nuestro modo de ver, revisten especial importancia, así como suprimimos aquellos que no la tienen absolutamente.

PARTE EXPOSITIVA

de la Memoria de Hacienda y Comercio, presentada al Congreso Constitucional de 1899, por el señor Secretario de Estado en el despacho de esas Cartas, General don Juan B. Quiros.

Señores Diputados:

Tengo la honra de presentaros la Memoria de las Cartas de Hacienda y Comercio, correspondiente al año económico de 1898 á 1899, junto con la apreciación que merece al Poder Ejecutivo la situación económica del país.

La baja relativa en el valor de la plata y la consiguiente prescripción como moneda liberatoria en los principales mercados financieros del mundo, han sido la causa determinante de la crisis monetaria que de tiempo atrás viene ocasionando serias perturbaciones económicas en varios países y muy especialmente en las Repúblicas Hispano-Americanas en las cuales se nota, sin fallar un caso, que destruida la antigua relación entre el oro y la plata cada día ha ido siendo mayor el tipo de cambio ó de equivalencia entre el oro y las respectivas monedas de plata, sin otra diferencia entre unos y otros países de la América latina que la que establecían las diferentes composiciones en ley y peso de las monedas propias de cada nación. No podía Costa Rica sustraerse á esa ley de alcance universal que se produjo al establecer el comercio del mundo la manera de asimilar en bien de todos, las monedas de los países que entran en el concierto mercantil, y por esto esa baja de la plata y la desmonetización correspondiente han sido causa poderosa en la situación que todos conocemos, sin que á evitarlo hubieran alcanzado los esfuerzos mejor intencionados.

Esa perturbación del cambio no había causado trastor-

nos de gran momento hasta que á su acción se unieron primero la emisión de papel moneda y después la baja en el precio del café.

(Continuará).

COLABORADORES

BILBAO

El reloj de la Basílica de Santiago, parroquia principal de la "muy noble, muy leal é invicta" ciudad de Bilbao, daba las nueve de la noche. La luna asomaba tras la montaña del Morro, cual humilde luciérnaga sobrecojida ante la viva iluminación que arrojaban las lámparas eléctricas á una y otra orilla del Nervión.

La capital de Vizcaya no perderá sus ventajas si la examinamos á la luz de ambas lumbreras: la que refleja los rayos del grande astro, y la que distribuye las emanaciones del gran genio americano. Edison y la luna. Un satélite de la tierra y una estrella de la ciencia.

Arribando á Bilbao por el ferrocarril de *via angosta* que la une con Zumarraga y Durango, no era posible llegar á la estación bostezando, y á medio despertar del agitado sueño que de ordinario se apodera de los que han hecho largas y fastidiosas jornadas en los caminos de hierro.

Lo contrario se notaba en la fisonomía de los numerosos pasajeros que esa noche salían de los trenes, como abejas sorprendidas en sus colmenas por el humo de indiscreto fumador. El entusiasmo en unos, la admiración en otros, y en algunos el placer de haber escapado á un peligro inesperado, eran los rastros que quedaban en aquellos semblantes. Y no podía ser de otro modo. La vía férrea entre Zumarraga y Bilbao, si no es una de las más atrevidas y grandiosas concepciones del ingeniero, es por lo menos, una obra maestra en su género, que reúne en sí lo pintoresco y lo terrible; la temeridad de la idea con la seguridad y correcta ejecución del pensamiento. Noventa y un kilómetros separan los extremos de ese ramal que, partiendo de Zumarraga se eleva, y asciende las pendientes del monte *Irimo*; caracolea en su cumbre y desciende después á las llanuras de Durango, salvando gradientes inverosímiles y describiendo un sin número de curvas sobre rellenos y cortes gigantescos.

La perspectiva que se tiene desde aquellos precipicios, mantiene al viajero en continua exci-

tación nerviosa, haciéndolo pasar alternativamente del temor á la confianza en la firmeza de aquella obra de los modernos titanes; embelesando en ocasiones la vista y el ánimo de los fuertes, y aterrando en otras á los apocados y pusilánimes. En el fondo de un profundo valle se veía *Anzuola*, pequeña villa rodeada de montañas, que en las mil vueltas y revueltas que daba el tren, aparecía y desaparecía, como faro lejano que señalara un peligro á los caminantes de las alturas; y en realidad, era para nosotros la indicación del abismo. Más adelante, el viajero olvida el riesgo que corre, ante el fantasmagórico cuadro que ofrece *Vergara*, vista de la cima del *Irimo* y situada en el fondo del valle, regado por el *Deva*, poético y tranquilo riachuelo que se extiende hasta perderse de vista entre dos altísimas montañas, cual cinta de plata tendida por las ninfas del *Irimo* á lo largo de la hondonada.

Vergara es notable, no sólo por su posición topográfica y la agreste belleza del sitio que ocupa, sino también, y más que todo, por el célebre convenio ó abrazo que tiene su nombre, celebrado allí entre *Espartero* y *Maroto*.

La historia, á pesar de la vertiginosa velocidad de su marcha, deja siempre marcada la huella de su paso, salvando así del olvido y conservando á las generaciones venideras el recuerdo de los crímenes y de las virtudes de la humanidad; sus triunfos, sus errores y sus caídas. Bien podría desaparecer la ciudad de *Vergara* y sus habitantes. Bien podría el *Deva* variar la dirección de su curso y aplanarse las montañas que lo amurallan. No por eso se extinguiría su nombre, ni se olvidaría su existencia. Por que son indestructibles y eternos, los templos en que la historia dá un asilo á los hombres y á las cosas que le pertenecen y que no deben morir.

Así discurriendo, y palpitantes aun las diferentes impresiones que aquel maravilloso panorama nos había causado, pasamos de la estación, por el puente de Isabel Segunda, al viejo Bilbao, fonda de la *Paz* que nos dió hospitalidad bien impregnada del color local. Braserero en vez de estufa, el puchero tradicional y el hotelero herméticamente forrado en la indispensable capa.

Concluidas las formalidades de la instalación, salimos á dar un vistazo general á la población, que satisfizo completamente el deseo que teníamos

de conocer una ciudad pura y netamente española, pues San Sebastián, que acabábamos de visitar, es más bien un pueblo cosmopolita, habitado por millares de extranjeros, y que ha tomado de las frecuentes excursiones veraniegas de la Corte, ciertos usos y costumbres que antes no le eran propias.

Bilbao no es una ciudad, son dos poblaciones; dos civilizaciones diferentes que luego se confunden en las aguas del Nervión. Entre las dos ciudades se levantan diez siglos que las separan, y un río que marca sus límites. A su derecha la antigua reina de las provincias vascongadas que conserva la tradición de las cruzadas, de las luchas de la Edad Media y del furioso fanatismo de Felipe II. A su izquierda la ciudad nueva, que ha olvidado esas antiguallas, ocupada como está en decorar sus ricos palacios, adornar sus lojosas tiendas y macadamizar sus anchas y elegantes calles.

A esa hora de la noche, las dos hermanas se nos presentaban dormidas, descansando del trabajo del día y blandamente recostadas en su lecho de cimientos férreos.

Los montes de Archanda, Morro y Maravilla, cual gigantes guardianes de corps vigilan su sueño y las ponen al abrigo de los helados vientos y de los destructores huracanes que de vez en cuando arroja el *Continente Negro*, y el Nervión modera el ruido de sus olas para no turbar el reposo de las dos reinas de la Iberia occidental.

Bilbao tiene, pues, en su doble personalidad con qué satisfacer todos los gustos.

El anticuario y el desenterrador de fóciles encuentra su ideal en la vieja ciudad, con sus estrechos callejones desprovistos de aceras, las monumentales fachadas de los zaguanes y los vetustos muros de *San Antonio Abad*, de los *Santos Juanes* y del Hospicio de las Carmelitas. Sin usar del espejismo de la imaginación podría transportarse veinte siglos atrás y contemplar las sombras errantes de los soldados de *Sertorio*, que al saber el asesinato de su jefe perpetrado por el traidor *Perpenna*, buscaron prematuro fin, dándose mutuamente la muerte.

Para el vividor de *fin de siglo*, la nueva Bilbao, ó el ensanche que se extiende al lado izquierdo del Nervión, ó *Ría*, como le llaman los naturales del país, le ofrece todo el confort, el movimiento y el refinado lujo de cualquiera ciudad moderna. Luz eléctrica,

redes telefónicas, líneas de ómnibus y tranvías, y periódicos diarios, semanales y mensuales. La calle *Balmaceda* y *Portugalete* recuerda los famosas boulevares de París. Los paseos de *Campo Volentín*, *El Arrenal* y el jardín público, aunque no muy extensos, están cubiertos de sombra, de asientos cómodos y los frecuentan elegantes y alegres personas y multitud de carruajes tirados por admirables caballos ricamente enjaezados.

El *Teatro Nuevo* es de los mejores de Europa, y después del Coliseo de Barcelona, el mejor de España. En lo demás, la ciudad nueva no tiene mucho que envidiar á las poblaciones europeas de segundo orden.

Bilbao, con sus recursos ordinarios y los elementos que le son comunes con las demás ciudades de España, no estaba destinada á sobrepasarlas en adelanto material, mas el reciente descubrimiento de sus minas de hierro bajo su propio suelo y en sus alrededores, cambió súbitamente su fortuna. En cuatrocientos millones de toneladas de hierro se calcula el nuevo haber de la dichosa villa.

Ese tesoro le atrajo, como era natural, á los devoradores de acero, de ambos mundos, que cubren con sus numerosas naves las aguas del Nervión. Inglaterra, la gran consumidora del precioso metal, representa el primer papel en esa feria permanente. Sus grandes hornos de fundición arrojan día y noche multicolores llamas por las mil bocas de esos pequeños avernos, dando á la ribera izquierda de la *Ría*, el aspecto de un agitado infierno cuyo destino preside el moderno *Plutón* que se apellida *Jhon Bull*. En ese barrio todo es inglés: las cosas, los hombres, las comidas, y sobre todo, las bebidas. Pero, lo que más estiman los hijos del país, de la británica explotación, es la nube de oro, que se deshace continuamente en copiosa lluvia de libras esterlinas que aprovecha el proletario Vasco.

Aquí, lo mismo que en San Sebastián y Valladolid en el Norte como en el Sur de la Península; en las grandes capitales como en las pequeñas aldeas, llamó especialmente mi atención, un hecho extraordinario, que creo digno de ser estudiado por nuestros gobiernos latino-americanos. Me refiero á la temperancia del pueblo español, hecho tanto más sorprendente, cuanto que se trata de una nación productora de los mejores vinos y licores de la tierra. En efecto, en mi